

inicia la literatura peruana?, ¿son peruanos aquellos autores que naciendo en España escribieron su obra en el Perú?, ¿tenía razón Martín Adán al definir la poesía colonial peruana «como la española alterada en asunto y nomenclatura»?

Las respuestas a estas interrogantes han obedecido casi siempre a criterios ideológicos y están teñidas de no poca mala fe. Muchos consideran que con la llegada de las primeras coplas de los conquistadores se inicia la literatura peruana; otros, en el extremo opuesto, consideran «española» toda poesía o manifestación literaria que obedezca la moda o el movimiento imperante en la metrópoli. Ante tan espinoso asunto, Silva declara con sano criterio eclectista «que la literatura de la colonia fue tanto española como peruana», y agrega que en su Antología:

Se incluyen a todos los autores españoles o americanos cuya estancia en el Perú fue decisiva para el desarrollo de su poesía o que adoptaron el Perú como el lugar final de su residencia. Se consideran peruanos a los que nacieron en provincias del virreynato del Perú antes de su independencia y que tuvieron destacada actuación en la sociedad y literatura peruana de la época.¹⁰

En efecto, muchos poetas nacidos en España desarrollaron su obra en el Perú. Es el caso, por ejemplo, de Diego Dávalos de Figueroa (1552-1574), autor de la *Miscelánea Antártica*, libro con el que se afianza en nuestro país la influencia de la poesía italiana; Fray Diego de Hojeda (1570-1615) sevillano hecho sacerdote en el Perú, conocido por *La Cristiada*, el más extenso poema épico de la colonia; o el andaluz y limeñísimo Juan del Valle Caviedes (1652?-1699?) satírico autor del *Diente del Parnaso*. Aires de Quevedo en los fundos del Rímac. La lista es interminable y compartida con poetas que hoy son precursores de literaturas hermanas, como Pedro de Oña, respecto de la chilena o, más tarde, el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo (1780-1847) cantor de Bolívar en *La Victoria de Junín*, solitario exponente de nuestro anémico neoclasicismo en la mejor escuela de Quintana.

No debe olvidarse que la integración americana a la Corona y la consecuente importación de modas literarias producirán un corte en la natural evolución de la lírica nativa, generando su repliegue (del que dimos cuenta al comentar el tomo anterior) y un nuevo gusto dominante manifestado en la continuidad de los modelos europeos estimulados por la Corte. Ello explica que la literatura hispanoamericana colonial no fuera más que un apéndice, a veces afortunado, de la literatura española. El Perú tuvo, pues, autores renacentistas, barrocos, neoclásicos y hasta románticos; pero no tuvo los movimientos, o, mejor dicho, el espíritu que impulsara dichos movimientos tal como ocurría en los países de Europa. En este sentido, como en tantos otros, la independencia no fue un fenómeno realmente emancipador; hasta muy avanzada la República la literatura continuó siendo tributaria de la española, y hubo que esperar el advenimiento del Modernismo para beber la fuente de otras tradiciones y ensanchar universalmente su propuesta.

Hubo, sin embargo, autores de excelente calidad cuyas obras, muchas veces por descuido o falta de interés, se han perdido o continúan circulando en versiones harto dudosas, sin gozar de la posteridad que merecían. Es en este contexto que debe valorarse

¹⁰ Tomo II, p. 7.

el trabajo de Silva-Santisteban. Una labor de rescate y depuración que muestra —para muchos por primera vez— un verdadero tesoro poético-bibliográfico, obtenido algunas veces bajo el humus de la Biblioteca Nacional o bajo el polvo de viejas librerías particulares. Conocemos el amor de Silva por las versiones originales, conocemos, también, su seriedad respecto de las versiones utilizadas, si a eso añadimos su trabajo de modernización de la ortografía y su tendencia a no presentar fragmentos (salvo cuando la extensión y la estética lo justifiquen) damos fe de un libro de lectura deliciosa y sorprendente.

Allí hallaremos —entre muchos— *La Epístola de Amarilis a Belardo*, joya petrarquista que encandilara a Lope; los diálogos y monólogos de «El Lunarejo» Juan de Espinosa Medrano, «nuestro más alto escritor del barroco», y solitario defensor del defenestrado Góngora; las graciosas décimas de Francisco del Castillo «El ciego de la Merced»; y la trunca propuesta del prócer arequipeño Mariano Melgar, quien supo cantar a la tristeza con el lenguaje del indio en sus dolientes yaravíes.

En la sección dedicada a los poetas de la República, Silva aprovecha para asestar golpes a mitos de nuestra lírica decimonónica (el más espectacular y merecido lo lleva José Santos Chocano) y ofrecer una muestra de nuestro mejor modernismo: el batallador e incansable Manuel González Prada, el crepuscular y fino Alberto Ureta, y más cercanos a la vanguardia, Abraham Valdelomar y José María Eguren «nuestro primer poeta moderno», autor de ensoñados y bellísimos poemas, sin duda, lo más representativo de la poesía peruana de la conquista al modernismo.

Tomo III. De Vallejo a nuestros días

Prólogo, selección y notas de Ricardo González Vigil (535 pp)

«El presente volumen ofrece una muestra antológica de la poesía peruana —en lengua española y manifestación escrita— a partir del triunfo de la Modernidad.»

Con estas palabras inicia su denso y esclarecedor prólogo González Vigil, responsable del tercer y último tomo de la antología, a nuestro juicio, el más arduo y comprometedor, ya que la poesía de autores recientes no cuenta necesariamente con el consenso que los lectores y la crítica atribuyen a autores del pasado. No es nuestro propósito juzgar la presente antología en función de «los que no están y debieron estar» o viceversa. Sin olvidar que toda antología es, por definición, arbitraria, la presente no oculta sus criterios:

Téngase en cuenta que en la presente antología hemos optado por el siguiente nivel de exigencia: autores con poemas excelentes y representativos del espectro poético de cada período (...). Aclaremos además que el número de poemas escogidos corresponde a la importancia de cada autor, pero sólo de modo aproximado, ya que hemos preferido seleccionar los mejores textos, aún cuando éstos fueran de regular extensión; por eso, varios poetas fundamentales aparecen con pocos textos, pero con un número de páginas apreciable.¹¹

Profesor universitario, crítico de literatura, periodista, poeta de la promoción del

¹¹ *Tomo III, p. 12.*

70,¹² Ricardo González Vigil ha elaborado en anteriores oportunidades antologías del cuento peruano; actividades que lo convierten en una de las personalidades más enteradas del proceso de la literatura en nuestro país, autoridad muchas veces discutida por su excesivo entusiasmo, explicable en alguien que ha sabido, como pocos, orientar su vida y su pasión a la literatura.

Presentados en orden cronológico y con una referencia crítica cuya extensión dependerá del grado de importancia que les conceda el antologador, el conjunto muestra la aventura de la lírica peruana desde el remezón telúrico que fue César Vallejo («punto más alto de toda la literatura peruana») hasta el novísimo José Antonio Mazzotti, joven poeta que cierra prometedoramente la *Antología*. Ochenta y cuatro años de quehacer poético ininterrumpido en verdad apasionantes para todo aquel que desee una aproximación a la poesía peruana de nuestro siglo.

En su mencionado prólogo, González Vigil ofrece una secuencia de periodificación bastante útil: adscribiéndose con cautela a la propuesta de Alberto Escobar¹³ considera a J.M. Eguren, C. Vallejo y Martín Adán como *Fundadores de la Tradición Poética*, a partir de la cual nuestra poesía se instala definitivamente en la «Modernidad», enriqueciéndose y desarrollando de manera no pocas veces compleja y contradictoria. Allí veremos a autores de la talla de César Moro, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson, Javier Sologuren, Blanca Varela, Alejandro Romualdo, Washington Delgado, Carlos Germán Belli, Luis Hernández, Javier Heraud, Antonio Cisneros, Rodolfo Hinostroza y Enrique Verástegui, entre otros poetas cuyos nombres (96 en total) sería excesivo consignar en estas páginas.

La amplitud de criterio de González Vigil (generosa si se juzga como muestra selectiva, completa si se juzga como visión global del proceso) permite ver un panorama sobre el que el lector tiene una responsabilidad: degustar la poesía de los autores y/o períodos que más le satisfagan e interesen y luego, aprovechando la bibliografía ofrecida (tanto a nivel textual como crítico, aportación clave del antologador) profundizar su lectura. Somos de la opinión que toda antología, más que una función pontificante, debe poseer una función orientadora que permita al lector elegir sus propios gustos y posteriores lecturas. Y aquí es donde entra la capacidad de juicio y discernimiento del antologador, cuya honestidad es siempre celebrada por los autores incluidos, y cuestionada por aquellos que, muchas veces por razones injustas, no fueron seleccionados.

Son muchas las antologías de poesía peruana, pero pocas las que se han aventurado a incluir a los «novísimos» en el interior de un panorama de alcance nacional. En este sentido, como en otros, el riesgo de González Vigil ha sido positivo en la medida de lo comprobable en sólo dos años de editada la antología. Basta observar el recorrido de los más jóvenes para dar fe creciente de ello.

Para finalizar, recomendamos la lectura de este tomo, infaltable en la biblioteca de creadores, críticos aficionados que deseen conocer de cerca los distintos caminos de la poesía peruana de Vallejo a nuestros días.

Eduardo Chirinos

¹² *Obra Poética: Llego hacia Ti (1973), Silencio Inverso (1978).*

¹³ *Ver prólogo a su Antología de la Poesía Peruana.*

El *Epistolario* de Miguel Hernández

Una de las traiciones —no la más cruenta— a la obra de un escritor, sobre todo si ésta es poética, se perpetra en el acto de su traducción a otro idioma. El traductor, lo que hace en realidad es asumir unas ideas que no son suyas para convertirlas en moneda de curso legal en el idioma al que las vierte. Es un tópico inveterado hablar de esa traición, no aviesa aunque sí ineluctable del *tradittore*. No es la realidad del texto la que se ofrece en la nueva versión sino algo que se admite en un estadio de mera aproximación. Pues bien, los epistolarios que no fueron escritos para su publicación —como es el caso de las cartas privadas de Miguel Hernández—¹ están sujetos a una infravaloración literaria por su calidad de mensajes funcionales a veces patéticamente inconfesables. Como principio deontológico del crítico, y como sano prejuicio del respeto familiar, debería evitarse su publicación sobre todo en casos de tan ferocísima responsabilidad como el que se refiere al acoso vital padecido por Miguel Hernández en unas horas trágicas de triste recordación. Miguel Hernández no es un poeta que lega unos textos literarios a la posteridad, sino un ser acuciado y perseguido por las circunstancias en que su vida se debate, que sólo intenta sobrevivir y que está actuando ya por debajo de sus posibilidades conscientes, mediatizado por la agresividad, por el dolor, por la nostalgia y por una concatenación psicológica de miedos y perturbaciones psíquicas que no propician un estado idóneo para hacer literatura. Publicar, por lo tanto, estas cartas que Miguel Hernández escribe sin otro propósito que el de sobrevivir y el de ir tapando, de mala manera, esos agujeros profundos que le abre despiadadamente la realidad, es algo que nada tiene que ver con la obra de un poeta o con un propósito literario que debe realizarse con la serenidad y tranquilidad de ánimo que provoca eso que se ha dado en llamar inspiración. Para mí no es un término trasnochado sino totalmente válido.

Lo que reclama Miguel en esas horas tristes de su marginación histórica es la piedad de sus prójimos. Pide dinero, pide compasión, pide comprensión. Esta última insatisfacción se evidencia cuando se queja a Federico García Lorca del poco eco que ha tenido en la crítica el primero de sus libros, *Perito en lunas*. La pretensión de Miguel es la que corresponde a la impaciencia de un adolescente. La contestación de Federico es absolutamente cabal, literaria y madura.

Las cartas de Miguel Hernández no pueden entrar en la consideración de texto literario. Son tomas de contacto urgentes para la solución de problemas inmediatos. En el siglo XIX el género epistolar era un medio de aproximación y de exposición confiden-

¹ Miguel Hernández, *Epistolario*. Prólogo de Josefina Manresa. Edición de Agustín Sánchez Vidal. Alianza Tres, Madrid, 1986.